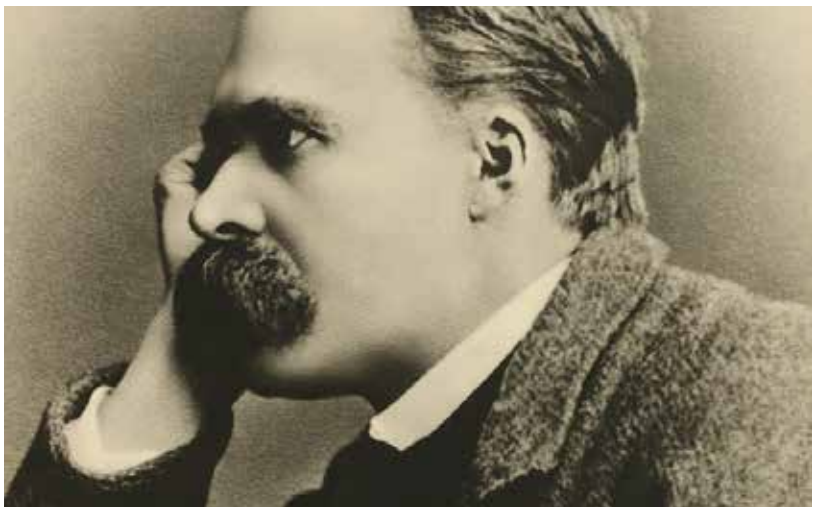


Fotografía: Retrato de Nietzsche, 1882. Gustav Adolf Schultze / Wikimedia Commons

POLÍTICA

El regreso de Dios

por **Michael Reid**

"Dios está muerto. Dios permanece muerto. Y lo hemos matado nosotros", escribió Friedrich Nietzsche en su libro *La gaya ciencia,* publicado en alemán en 1882. Su famosa y provocativa declaración estaba respondiendo al hecho de que el avance de la ciencia y el racionalismo, y sobre todo la teoría de la evolución de Charles Darwin, expuesta en *El origen de las especies* de 1859, había demolido la base teológica de las creencias cristianas, las ideas del mundo como creación divina y de Dios como un ente sobrenatural todopoderoso. Pero en los argumentos de Nietzsche, desarrollados en varias obras en los años siguientes, más que una liberación, esto fue un drama para los seres humanos. "Dios está muerto, pero su estatua se mostrará por siglos en una cueva donde seguirá proyectando una sombra, tremenda y espantosa, en la pared", prosiguió. No obstante, para él intentar mantener el contenido ético y moral del cristianismo sin creer en la teología era una hipocresía y una mentira, como señala Sue Prideaux en *¡Soy dinamita!*, su magnífica biografía del filósofo alemán.

La solución que muchas sociedades occidentales encontraron fue el Estado laico y una sociedad cada vez más secular. Pero, como Nietzsche anticipó, la sombra en la cueva nunca se borró. Los valores judeocristianos seguían en los cimientos de las sociedades europeas. En muchos países latinoamericanos el Estado laico chocó con la religiosidad popular, profundamente arraigada. En México este choque desató una guerra civil, la Cristiada, que costó tal vez ochenta mil vidas entre 1926 y 1929. Escribo estas líneas desde Lima, donde este octubre, como todos los años, decenas de miles de fieles acompañan a la imagen del Señor de los Milagros en sus múltiples salidas por el centro histórico de la ciudad en un culto que se remonta al siglo XVII. En Estados Unidos, por otro lado, la primera enmienda a la Constitución, apoyada por Thomas Jefferson, prohibió el establecimiento de una religión patrocinada por el Estado. Eso no impidió que las iglesias cristianas jugaran un papel fundamental en la vida nacional.

Sin embargo, la observancia religiosa por lo general ha disminuido en las sociedades occidentales, especialmente en Europa. España es un ejemplo radical de esto. Cuando murió el general Franco hace exactamente cincuenta años, el 95% de los españoles eran católicos bautizados y un 60% asistían a misa. En 2022 solo uno de cada dos se identificó como católico y uno de cada cinco todavía iba a misa.

Todo esto hace particularmente digna de atención una reciente

recuperación de la religiosidad en Occidente y, más ampliamente, en el mundo. En *Dios ha vuelto*, publicado en 2009, John Micklethwait y Adrian Wooldridge (ambos excolegas míos en *The Economist*) identificaron un renacimiento global de la fe hacia finales del siglo XX. En el mundo islámico, esto se manifestó en el surgimiento de regímenes y movimientos islamistas, que en algunos casos desplazaron a regímenes militares laicos. En la India, Narendra Modi, la figura política dominante en este siglo, reivindica el lugar preeminente del hinduismo en la nación a expensas de la minoría musulmana. En Estados Unidos, varias figuras influyentes en el movimiento MAGA de Donald Trump son católicos, como Steve Bannon y J. D. Vance.

Ahora parece que este renacimiento religioso está llegando a Europa, la región laica por excelencia. Se manifiesta especialmente entre los jóvenes. En Reino Unido, un estudio reciente estimó que el 16% de los adultos jóvenes asisten regularmente a servicios religiosos. Y en España el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) encuentra que entre los españoles con menos de 35 años los que se identifican como católicos se han incrementado de un mínimo histórico del 35% en 2023 al 41% en 2025. Un interesante artículo de Diego Garrocho ("El giro católico") en *El País* que analizó este fenómeno parece haber tocado una fibra, suscitando una serie de reflexiones en el mismo periódico y en otros. Garrocho enumeró varias señales de que "el catolicismo está de moda", desde las imágenes religiosas en la publicidad para el nuevo álbum de Rosalía a *Los domingos*, la nueva película de Alauda Ruiz de Azúa sobre la vocación de monja de una joven, o el otorgamiento del premio Princesa de Asturias de Humanidades a Byung-Chul Han, un pensador católico surcoreano.

No es difícil encontrar explicaciones para este renacimiento religioso en la crisis del liberalismo y el fracaso del culto al progreso, que en buena medida reemplazó a la fe en Dios. El declive relativo de Occidente ha llevado a que las generaciones jóvenes ya no vean posibilidades de tener mejor vida terrenal que sus padres. Las identidades tradicionales se encuentran amenazadas por la percepción de una inmigración no controlada y la revolución digital. El surgimiento de las redes sociales ha llevado a una paradoja: muchos estudios registran que más jóvenes que nunca expresan sentimientos de aislamiento social. La pandemia creó una sensación generalizada de vulnerabilidad humana. Frente al individualismo del mundo neoliberal, hay una búsqueda de valores más comunitarios. Detrás de la crisis política que representa el populismo hay una crisis moral que Nietzsche identificó hace siglo y medio: creer en Dios es difícil, pero vivir sin él es más difícil aún.

Si se consolida y avanza, ¿habrá implicaciones políticas de este giro religioso? Hasta ahora ha sido un refuerzo para la derecha. Una de las características de los votantes de partidos de derecha en España es su identificación religiosa. En América Latina, la insurgencia de las iglesias evangélicas ha sido un factor en el surgimiento de una derecha más radical. Pero no necesariamente va a seguir así. Por cierto, el cristianismo intentó imponer un código de comportamiento conservador, especialmente para las mujeres. Sin embargo, fue precisamente su establecimiento como una fuente de valores independientes del Estado lo que permitió, a la larga, la aparición del liberalismo y la democracia. Históricamente, el cristianismo ha sido tanto conformismo como disidencia. Si bien nos cuesta vivir sin mitos que nos reconforten, estos pueden tomar muchas formas distintas. ~

MICHAEL REID es escritor y periodista. Su libro más reciente es *España* (Espasa, 2024).

LOS RAROS

Ann Lear disfrazada de mujer de su época

por **Bárbara Mingo Costales**

Me pregunto cómo sería Ann Lear, la hermana mayor de Edward Lear, que tuvo que llevárselo de casa de sus padres, cuando ella tenía veintiséis años y él cuatro, porque eran tantos hermanos que los padres no podían hacerse cargo de todos.

Ella fue quien educó al maravilloso dibujante y poeta.

En la National Portrait Gallery hay un retrato suyo, una miniatura de acuarela sobre marfil desde la que nos mira con una sonrisa un poco desmayada.

No, no nos mira. Me he dejado llevar por una frase hecha sin fijarme bien en lo que tenía delante. Con el ojo derecho podría estar mirándonos. El ojo izquierdo mira más bien al infinito, que encuentra en el punto donde se pierden los pensamientos. Ahora la sonrisa la veo algo triste. ¡Los ojos azules!

Viste a la moda de la época (a juzgar por otros cuadros de la época). El museo data el retrato en 1830. Un vestido oscuro, un pañuelo de encaje sujeto por un broche y una especie de toquilla, también con encajes, sobre la cabeza. Raya en medio y un tirabuzón a cada lado. ¡El pelo castaño!

La moda de la época: reconozco esas tocas de haberlas visto en los *limericks* de Edward. Tocas como la de Ann y también una especie de capotas que llevan las mujeres de sus ilustraciones, ¡las tocadas mujeres de Edward! A veces salen pescando carpas mientras tocan el arpa, o defendiéndose de un toro con un



Imagen: Edward Lear

matamoscas, o metiendo a su marido en el horno, o...

Si la datación es correcta, Ann tenía treinta y nueve años cuando le hicieron el retrato. Por supuesto parece mayor. Hace doscientos años esa era una edad de vieja. Edward tendría entonces diecisiete y, para ganarse la vida como pintor de la naturaleza, estaba empezando a pintar los loros que le darían su primera fama –aunque no su primer millón–, copiados del natural en el zoo de Londres y en la colección del Earl de Derby, su tocayo Edward Smith-Stanley, que, por lo que leo, en cuanto heredó el título dejó la política y se dedicó a alojar (¿recoger? ¿acumular? ¿asilar?) animales de toda clase en Knowsley Hall, su casa solariega, lo que a mí personalmente me suena mucho más divertido que pasar la mañana en la Cámara de los Lores, aunque bien es verdad que la vida en el campo a veces asfixia y que convivir con mil quinientos animales puede resultar exigente. A los biznietos del Earl está dedicado *The book of nonsense*.

Los loros y otros pájaros que pintó Edward Lear son de una gran viveza y de una belleza conmovedora*, como resultan no pocas veces las ilustraciones abordadas con ánimo meramente científico, y por un lado sorprende, pero por otro no, que hayan sido los antecesores de los dibujos disparatados que el artista haría luego para acompañar sus rimas extravagantes. Muchos elementos de nuestra vida son así, y sin darle muchas vueltas me vienen a la cabeza las fotos de muchos escritores que en la década de 1950 aparecen con corbata y raya al lado y que a finales de los sesenta acabaron con el pelo largo y con ropa de colores. Sin ir más lejos, los Beatles, que al verlos nadie estaba seguro del todo de si venían de la Cámara de los Lores. O también ayuda pensar cómo en las pinturas de árboles del primer Mondrian estaban ya los ángulos rectos y los recuadros de colores parchís. Pero había que pasar por los árboles, cruzar ese bosque.

Yo ensayo ahora un *limerick*: "Hubo un fantástico escritor inglés / que miraba el mundo al revés. / Creció con su hermana, / que se llamaba Ana. / ¡El mejor pintaletras inglés!"

Lo más difícil es reproducir el ritmo con este idioma que tenemos de abundantes sílabas. Pero mientras recuerdo a toda esta gente me olvido de Ann, que yo quería que fuese la protagonista, y la tengo ahí esperando con la mirada perdida y la toca en la cabeza. No he abordado esta serie para encontrar a la panda más rara e inconcebible, sino para dar con personas que, a pesar de ser un poco laterales y desconocidas o de haberse quedado desvaídas por el paso del tiempo, hicieron o vieron algo interesante, pero precisamente el obstáculo es que su condición algo marginal conlleva que quede muy poca información sobre su vida, o que esté aún muy dispersa. De Ann apenas he encontrado que murió a los setenta y cinco años, y que era "igual a su hermano salvo en los anteojos", como leo en la introducción de Lady Constance Strachey, tía segunda de Lytton Strachey (que por cierto en el retrato que le hizo Dora Carrington parece él mismo el protagonista de un *limerick* de Lear), a su edición de la correspondencia de Edward. En ese volumen he buscado cartas entre los dos hermanos, pero no hay ninguna. Sí doy con un par de referencias en los archivos de la Universidad de Yale, dos cartas enviadas por él a ella, que no están digitalizadas pero sí descritas, una desde Suez y otra desde el Líbano, en la que menciona sus planes de saltar a Corfú. En ellas le cuenta lo que ve, se intuye que de manera a veces graciosa, además de adornar la carta con dibujos de camellos (quizá las palabras sean los adornos a los dibujos), pero es difícil extraer de una carta la personalidad de su receptor, al menos, y aparentemente, más difícil que la de su emisor. Y aun así intento recibir de cualquier huella un atisbo de la personalidad de esa mujer, que no sé con qué ánimo acometió el cuidado de su hermano ni qué renuncias afrontó por hacerlo, pero que educó a un artista deslumbrante de personalidad única, a uno de mis preferidos. Me pregunto si ella dibujaría también, y cómo vería el mundo. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).

* Conmovedora porque ¿de verdad en este mundo en el que vivimos existen cosas tan bellas?

La tercera vía de Edward Said

por **Ricardo Dudda**

Hace noventa años, el 1 de noviembre de 1935, nació Edward Said en Jerusalén. Lo hizo en una familia árabe cristiana. Sus padres, burgueses palestinos, le dieron una educación elitista y occidental, tanto en Jerusalén y El Cairo, donde pasó su infancia y adolescencia y fue educado en las últimas instituciones educativas del colonialismo británico en la región, como en Estados Unidos, donde acudió a colegios privados y a la Ivy League. Said siempre fue un desarraigado (era muy occidental para los palestinos, muy americanizado para los egipcios, muy árabe para los estadounidenses), pero su desarraigo siempre tuvo algo de privilegio.

Fue un caballero de la Ivy League obsesionado con los buenos trajes, los buenos zapatos, los buenos relojes que, sin embargo, defendía la intifada. Un burgués desplazado y cosmopolita que a menudo daba a entender que era un refugiado palestino más. Un tipo inicialmente fascinado por la *French theory* que, sin embargo, criticaba la "jerga incomprensible" del posmodernismo de autores como Jacques Derrida, al que consideraba un "*dandy* que se dedicaba a hacer el tonto". Un intelectual europeo (a pesar de vivir siempre en Nueva York), educado en la alta cultura occidental, que, sin embargo, es sobre todo recordado por sus escritos contra el colonialismo y el imperialismo cultural de Occidente. Algunos de sus críticos han señalado que *Orientalismo*, inaugurador de los estudios poscoloniales, una especie de tótem para estudiantes de *cultural studies* y posiblemente uno de los principales responsables del "giro cultural" de la izquierda (como dijo Richard Rorty, "la derecha conquistó el poder y la izquierda conquistó los departamentos de literatura"), es una crítica al eurocentrismo que peca precisamente de un excesivo eurocentrismo: como ha escrito Pankaj Mishra, Said no había leído a los pensadores no occidentales que ya habían escrito sobre eso antes que él.

Said fue el gran intelectual palestino, el gran defensor de sus derechos, quizá la voz más competente y formada de la causa en toda su historia (hoy los palestinos no solo no tienen un Yasser Arafat, sino que tampoco tienen un Edward Said), pero no siempre gozó de la aprobación total de los intelectuales árabes y palestinos. Criticó muy duramente a Arafat, al que asesoró durante años y al que posteriormente acusó de corrupto y de capitular ante Israel en los Acuerdos de Oslo. En sus artículos dirigidos a los intelectuales árabes hay argumentos sorprendentes. En uno titulado "Israel-Palestina: una tercera vía", publicado en 1998, critica a quienes quieren volver a una era de oro del islam, rechaza la idea de boicotear los productos de Israel (porque en el país viven además un millón de palestinos y también israelíes contrarios a la ocupación), denuncia el antisemitismo de muchos líderes árabes ("¿Por qué esperamos que el mundo crea en nuestros sufrimientos como árabes si no somos capaces de reconocer los sufrimientos de los demás, ni siquiera los de nuestros opresores?") y propone un camino intermedio entre los Acuerdos de Oslo y la política retrógrada del rechazo maximalista: es una vía que "debe partir de la idea de ciudadanía, no de nacionalismo, ya que la noción de separación y de nacionalismo teocrático unilateral triunfalista, ya sea judío o musulmán, no aborda las realidades que tenemos ante nosotros. Por lo tanto, un concepto de ciudadanía en el que todos los individuos tengan los mismos derechos, basado no en la raza o la religión, sino en la igualdad de justicia para cada persona garantizada por una constitución, debe sustituir todas nuestras nociones anticuadas sobre cómo Palestina será limpiada de los enemigos de los demás. La limpieza étnica es limpieza étnica, ya sea realizada por serbios, sionistas o Hamás". Quizá es una postura muy ingenua, pero está muy alejada de la idea que se tenía de él, que fue a menudo retratado como un intransigente absolutista. Muchos de quienes hoy portan banderas palestinas con la cara de Said no estarían de acuerdo con sus palabras.

En su biografía *Lugares de pensamiento. La vida de Edward Said* (Debate, 2025), escrita por su antiguo alumno Timothy Brennan, el autor muestra los intentos de Said por convencer a palestinos y árabes en general de que su causa no era una lucha colonial al uso: los palestinos eran "víctimas de víctimas", es decir, la víctima de otras víctimas, los judíos. Si esa tesis era extraña en el activismo palestino de hace treinta años, lo es hoy más aún. En 2025, el activismo occidental trata Palestina como si fuera la Argelia francesa o la India británica, donde tarde o temprano los ocupantes volverán a sus países de origen. Pero ¿a qué país pueden volver hoy los israelíes? Si Israel es una colonia, es una colonia sin metrópoli. Una de las realidades más obvias y, a la vez, más incomprensibles (en buena medida es una incomprensión forzada o simulada) para buena parte del activismo antisionista es el hecho de que los israelíes no van a marcharse a ningún lado. Este activismo señala injusticias claras (¿por qué un judío de cualquier lugar del mundo puede hacer la *aliyá* y obtener la nacionalidad israelí, pero un palestino heredero de los expulsados en 1948 no puede volver a su país?), pero su única solución para enmendarlas es cometer otras injusticias.

Ahí está una de las grandes paradojas de Said. La brocha gorda que aplicó en *Orientalismo* (en resumen, que cualquier representación occidental de Oriente escondía una dominación colonial), acabó siendo utilizada para describir el conflicto palestino-israelí, a pesar de sus intentos por introducir matices. Palestina sería un nuevo Vietnam, una nueva Sudáfrica, aunque

no tuviera nada que ver. Los intérpretes de Said se quedaron con una tesis: todo conflicto mundial que merezca la pena atender tiene como único causante al hombre blanco (Ian Buruma y Avishai Margalit lo analizaron muy bien en *Occidentalismo*). Con esa lógica reduccionista, perezosa y narcisista, el activismo palestino contribuyó a un proceso que ni los personajes de las novelas de Philip Roth más neuróticos y preocupados por el asimilacionismo podrían haber imaginado: el judío, el gran Otro del siglo XX, acabó convertido en blanco.

En otros aspectos del conflicto palestino-israelí, Said resultó sobre todo un visionario. Antes de los Acuerdos de Oslo (en 1993 y 1995) entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), defendía una solución de dos Estados; tras la firma de los acuerdos, se movió a una posición extrañísima entonces, y hoy todavía no muy común: un Estado único (quien quizá mejor esboza hoy esta idea es el israelí Omri Boehm, que propone en su libro *Haifa Republic* una "federación binacional" en los territorios de Israel y Palestina). La posición de Said tenía fundamento. Mucho antes que nadie, se dio cuenta de que los Acuerdos de Oslo, que consideró el "Versalles palestino", invalidarían en la práctica la posibilidad de un Estado palestino, especialmente por la división en Cisjordania (repartida entre la Autoridad Palestina, subyugada a Israel, e Israel) y, sobre todo, por la expansión de asentamientos ilegales, que desde entonces no han hecho más que crecer, y que forman parte *de facto* de Israel. Defender una vuelta a las fronteras de 1967 y una solución de dos Estados, posición por defecto del conflicto desde hace décadas para el *establishment* occidental, es hoy un mantra perezoso y puramente retórico, inconsciente de la realidad sobre el terreno. Palestina no puede existir como Estado independiente porque no existe el territorio donde poder existir. Said ya pensaba así hace treinta años.

A finales de septiembre de 1995, el gobierno de Israel y la OLP firmaron el segundo tramo de los Acuerdos de Oslo. En él, se establecía sobre el papel la división en tres áreas de Cisjordania que acabaría desembocando en el mar de *checkpoints*, segregación, muros y vallas que definen el *apartheid* de los territorios ocupados. El artículo 31 de Oslo II dice: "Ninguna de las partes iniciará ni tomará ninguna medida que altere el estatuto de Cisjordania y la Franja de Gaza mientras no se conozca el resultado de las negociaciones sobre el estatuto definitivo." Entre 1992 y 1996, los años del "proceso de paz", la población colona ilegal de Cisjordania aumentó un 48%. En 2025, viven en Jerusalén Este y Cisjordania unos 700.000 colonos.

Un par de meses después de la firma de Oslo II, el 4 de noviembre, un ultranacionalista israelí asesinó al primer ministro Isaac Rabin por su papel en el proceso de paz: para los judíos israelíes más fundamentalistas, el territorio de Judea y Samaria es innegociable. Para otros, la estrategia de Oslo es la más efectiva: es más eficaz la ocupación lenta, la política de los "hechos sobre el terreno", el control militar con la excusa de la seguridad, el goteo de asentamientos, que la anexión soberana. Es la plantilla que parece que va a aplicarse en Gaza, una especie de Oslo III, como le explicaba el periodista israelí Amit Segal a Ezra Klein en su pódcast en *The New York Times*, con Emiratos o Arabia Saudí ejerciendo el papel de "enlace" con Israel que ejerce la Autoridad Palestina en Cisjordania.

Tras una década con leucemia, Edward Said murió a finales de septiembre de 2003, veinte años antes del inicio de la fase más sangrienta del conflicto palestino-israelí en toda su historia. Said no vivió el horror del 7 de octubre ni sus terribles consecuencias. Pero supo ver, antes que nadie, cómo se construyeron lentamente los cimientos de lo que acabaría desembocando en esa tragedia. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

Dublinés: cuéntame su vida

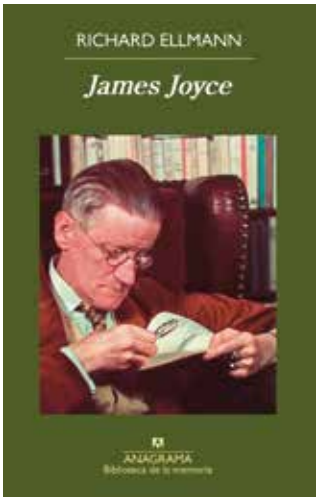
por **Rodrigo Fresán**

Ahí –desde el principio de los tiempos y por toda la eternidad, como el monolito aquel en *2001: Una odisea del espacio* de Stanley Kubrick– está la *Vida de Johnson* de James Boswell que, en 1791, inaugura el elogio y la incomodidad y la honra de ser elegido por todo lo alto y ancho. La idea del sabueso amoroso y de la presa que se resiste y así ese género literario –la biografía de escritor, inevitablemente entre la realidad y la ficción ocupándose de cómo una afecta a otra y otra afecta a una– considerado por sus objetivos como un objeto no del todo noble. Saul Bellow –cuyas novelas y relatos se nutrieron de su propia vida y de las vidas de amigos y enemigos y de amigos que devinieron enemigos al descubrirse en sus páginas sin consulta ni autorización previa, y ahí está ese tan interesante como divertido *Bellow's people* de David Mikics– solía renegar del asunto y hasta autorizó/desautorizó a su biógrafo James Atlas para jamás perdonarle haber revelado y expuesto su negativo. Sí: Bellow desconfiaba de los biógrafos puros porque no podían usar su imaginación y estaban sujetos a los hechos concluyendo que "el hecho no debe ser más que el cable a través del que el escritor hace correr la electricidad" y que "el ave siempre será más interesante que el ornitólogo".

Aun así –dando un rápido vistazo a mi biblioteca– abundan las biografías de escritores de precioso plumaje y vuelo magistral. Y de autores de las mismas descollando en el dibujo y radiografía de grandes personas deviniendo en formidables personajes.

Además del ya mencionado Johnson de Boswell (y del Boswell de Adam Sisman, también autor de un gran Le Carré), ahí están el James de Leon Edel, el Schwartz (y el Bellow) del ya mencionado James Atlas, el Lowry de Gordon Bowker, el Proust de George Painter, el Faulkner de Joseph Blotner, el Kafka de Reiner Stach, la Dinesen de Thurman, el Nabokov de Brian Boyd (el ruso pensaba que el biógrafo no era más que "ese hombrecito en puntas de pie asomándose desde la verja que rodea al palacio") y la Véra Nabokov de Stacy Schiff, el Capote de Clarke y el de Plimpton, el Naipaul de Patrick French, el Melville de Hershel Parker, el Mann de Hermann Kurzke, la Wharton y la Woolf de Hermione Lee, el Greene de Norman Sherry, el Beckett de James Knowlson, el Hawthorne y el Fitzgerald y el Hemingway de James R. Mellow, la Zelda Fitzgerald de Nancy Milford, el Borges de Bioy Casares, el Yates y el Cheever y el Jackson y el Roth de Blake Bailey, la Charlotte Brontë de Elizabeth Gaskell, el Tolstoi de A. N. Wilson, el Vonnegut de Charles J. Shields, el Chatwin y el Fleming de Nicholas Shakespeare, el Burroughs de Barry Miles y el Kerouac de Joyce Johnson, el Thompson de Robert Polito, el Dickens de G. K. Chesterton y Peter Ackroyd y Claire Tomalin, la reciente Stein de Francesca Wade (tras los pasos de la Toklas de Stein como en verdad autobiógrafa encriptada; y, sí, de paso, la autobiografía de escritor como coartada y versión oficial que no lo es en absoluto), y esas mutaciones poco ortodoxas pero efectivas para el Barón Corvo de A. J. A. Symons o el Salinger de Ian Hamilton, o las aproximaciones a la Plath/Hughes y Chejov de Janet Malcolm o el John Updike de Nicholson Baker o el D. H. Lawrence de Geoff Dyer, y siguen las firmas y los firmantes. Y ese posesivo *de* entre los apellidos/marcas registradas de los primeros y los nombres completos de los segundos no es casual: porque, sí, los divinos primeros acaban perteneciendo a sus evangelistas segundos, pero de algún modo casi a su altura, porque teorizan y practican lo suyo de pie sobre los hombros de gigantes y gigantas.

Y todos estos predicadores adoran, y descienden de, una santa reliquia cuya veracidad no se discute ni se quiere discutir: el *James Joyce* de Richard Ellmann publicado en 1959 y revisado a fondo en 1982 (y desde 1991 en Anagrama). Y al día de hoy –como bien lo asentó Anthony Burgess– considerada como "la más grande biografía del siglo xx". Una suerte de Meca (o más bien Martello Tower) e hito modélico de modales a imitar. ¿Por qué? Primero, porque está muy bien escrita y porque se lee como una novela, como una vida de novela, sí, que obtuvo el National Book Award en su categoría y, en su posterior encarnación, el James Tait Black Memorial Prize en 1982. Segundo, porque asentó buena parte de los protocolos biográficos modernos a seguir y porque fue y sigue siendo inmensamente popular más allá de los claustros universitarios. Y –*last but not least*– por haber conseguido la hazaña de reubicar y sin volverla menos exigente hacer más comprensible la obra de Joyce a partir de su vida (tener siempre presente y claro que Joyce siempre sostuvo que "la imaginación es la memoria") y, además, convertir a Joyce en un gran personaje y dios de una galaxia a cuyos satélites (hermano y esposa e hija) pronto les llegaría el turno de también ser identificados bio-astrológicamente. Así, el Joyce de Richard Ellmann (que publicaría póstumamente un también muy celebrado Oscar Wilde, en Edhasa; quienes quieran aproximarse a lo de este biógrafo con cautela, ahí está ese *Cuatro dublineses* en Tusquets) como credo y dogma inspirador para sus descendientes. Otra vez, el alguna vez estudiante con Ellmann de profesor durante los años setenta James Atlas, quien en su formidable ensayo



sobre el oficio, *The shadow in the garden: A biographer's tale* (título que surge de otro dicho del disconforme Bellow en cuanto a que "los biógrafos son como la sombra que proyectan las lápidas sobre el césped", en cualquier caso imagen más poética que otra de las suyas rebajando a los buscadores de vidas a "ese trapo en la cocina que se usa para recoger migas y restos de comida"), evoca la impresión que le produjo leer el Joyce de Ellmann por primera vez: "No se leía como una biografía sino como una obra de arte: tenía la autoridad de las grandes ficciones. Era erudita sin ser académica; y tras su fachada objetiva uno podía detectar, si se escuchaba con cuidado, la propia voz del biógrafo."

Ahora esa afinada voz y esa buena letra –dentro de ese subgénero de lo biográfico que es el libro que cuenta la vida de un libro; años atrás tuvimos a *El libro más peligroso: James Joyce y la batalla por "Ulises"* de Kevin Birmingham– se lee y oye claramente en el reciente *Ellmann's Joyce: The biography of a masterpiece and his maker* de Zachary Leader. Alguien que ya tenía en su haber formidables biografías de Saul Bellow y de Kingsley Amis (quien alguna vez clarificó enturbiando toda la cuestión con un "Alguien se quejó de que puse un restaurante real en mi novela, pero una vez que está ahí dentro, aunque

sea un sitio real, ya no lo es, al menos no del todo"). Y que aquí –como se anuncia desde una clásica portada tipográficamente innovadora– cuenta las idas y vueltas de Ellmann en su primera mitad y las vueltas e idas del Joyce de Ellmann en su segunda parte.

Así, la biografía de Ellmann (Michigan, 1918-1987) es previsiblemente gris fuera de su mundo (la revelación de algún *affaire* tardío no conmueve demasiado el paisaje), pero multicolor en su escritorio. Un hombre doméstico en su día a día. Rutina que incluye a esposa abnegada y desesperada por el tedio de los campus (Mary Ellmann, quien antes de caer muy largamente enferma publicaría en 1968 el *best seller* pionero feminista *Thinking about women*) y a hija (Lucy Ellmann, que devendría en escritora experimental y celebrada autora de *Patos, Newburyport*). Pero Ellmann fue muy audaz y aventurero cuando encaró un proyecto por entonces arriesgado y, para muchos, poco digno de atención. Digámoslo así: la vida de Ellmann no es muy interesante hasta que se interesa por la muy interesante vida de Joyce. Y Ellmann llega a Joyce a través de su primera obsesión –W. B. Yeats– y esa anécdota desmentida por ambos involucrados en la que Joyce le dice a Yeats: "Ya eres demasiado viejo para ayudarte." Y a Ellmann no le gusta nada la única biografía de Joyce que anda dando vueltas por ahí (la de Herbert Gorman, de 1939) y se dice que él es y puede hacerlo mejor. Y –pronto se da cuenta de que su intención original, un pequeño ensayo de unas 150 páginas, no dará la talla– lo hace y lo es. Y buena parte del atractivo de la investigación de Leader es el seguimiento de los métodos de seducción de Ellmann (aplicados al hijo Giorgio o al hermano Stanislaus, entre muchos otros) para conseguir que hablasen los que debían hablar (su virtud era la de, según testigos, "jamás contradecir o interrumpir" y la de "trabajar como un castor") y cedieran materiales varios aquellos que los custodiaban (el biógrafo es pródigo en obsequios y favores como chocolate y carbón y juguetes para los niños presentes). Allá va y aquí viene Ellmann durante años y años y casi mil páginas de callejones sin salida o inesperados atajos por Irlanda y el continente mientras decodifica *Dublineses* y el *Ulises* y el *Finnegans wake*. Tarea homérica y ciclópea y odiseica que irá a dar al buen puerto de la aclamación tan docta como lega (en su reseña, Cyril Connolly se quejó por no ser mencionado en lo de Ellmann, pero concedió que "si Joyce es un gran escritor, entonces este es un gran libro"). Y de ofertas sustanciosas de parte de Harvard, Yale y Oxford (la última es la elegida por Ellmann; después de todo y antes que nada su Oxford University Press fue quien encargó y publicó y promocionó muy bien la biografía). El logro de Ellmann (dejando de lado críticas que en su momento la acusaron de poca exploración del factor político y análisis crítico-literario no muy profundo de lo de Joyce) es hoy algo impensable: volver central y todo lo popular que puede llegar a ser un autor excéntrico liberándolo, según Leader, "de toda doctrina y esquematismo", sin que por ello este pierda su aura universal de fuera-de-este-mundo. Y –lo más impresionante de todo– que una biografía del autor sea hoy casi parte inseparable e insustituible de su obra.

Parafraseando a Connolly, Leader concluye que Ellmann fue "un buen hombre". Y el libro que le dedica es un muy buen libro. Y, además, quién sabe, la perfecta puerta de entrada para tal vez –el próximo verano, habiendo vuelto a *no* cumplirla y romperla el verano que pasó– hacerse la promesa de leer el *Ulises* de James Joyce, del James Joyce de Richard Ellmann, del James Joyce del Richard Ellmann de Zachary Leader. ~

RODRIGO FRESÁN es escritor. En 2025 ha publicado *El Pequeño Gatsby: Apuntes para la teoría de una gran novela* (EnDebate).

Balada para Sam Peckinpah

por **Jonás Trueba**

Voy a intentar contarlo rápido, sin entrar mucho en detalles ni perderme en disquisiciones metafísicas... Es una anécdota que rememoramos cada vez que me toca cumplir años, a finales de noviembre, y nos remontamos a la noche previa a mi nacimiento, en el año 1981. Mis padres habían quedado a cenar con Gonzalo Suárez y su mujer, Hélène, a los que admiraban y siguen admirando; aun doblando en edad a mis padres había ya una complicidad ganada entre ambas parejas y, esa noche, Gonzalo y Hélène les habían anticipado que Sam Peckinpah vendría con ellos. Peckinpah, el mítico cineasta estadounidense, estaba de paso por España, buscando financiación para alguno de los proyectos que nunca llegó a realizar. Eran los años en seco de Peckinpah, no en relación con el alcohol pero sí con el cine, pues su película más reciente, *Convoy*, se había estrenado en 1978 y no volvería a estrenar otra hasta 1983, la que ya sería su final como cineasta, *Clave: Omega*. Así que estamos en medio del que seguramente fue el periodo más difícil y triste de su carrera, y se podría decir que el otoño del 81 es también el otoño final de Peckinpah. Mis padres, en cambio, viven su primavera particular en el mundo del cine y en la vida en general; acuden a esa cena con la ilusión de pasar un rato junto a uno de sus ídolos, pero también con los nervios de estar embarazados y saliendo de cuentas.

Según el relato de mis padres, Peckinpah se queda mirando la protuberancia abdominal de mi madre, decide sentarse junto a ella y le planta sus enormes manos en la tripa. Escribo "enormes manos" y no tengo

claro cómo de grandes serían en realidad, pero no puedo evitar imaginarlas así. Hay que tener en cuenta que el aspecto de Peckinpah debía de ser imponente, no tanto por su altura o peso, sino por su aire de brujo indio, *cowboy* y forajido, ataviado la mayoría de las veces con algún pañuelo sobre la cabeza y casi siempre con gafas de sol, elegante pero temible, no en vano había filmado algunas de las películas más violentas y amorales de la historia del cine. Sin embargo, hay fotos de él que transmiten una honda serenidad en el rostro, y me gusta imaginarlo también así, como alguien profundamente humano, portador de alguna clase de sabiduría ancestral. Bien, pues con toda esa especie de energía y carga mitológica, Peckinpah pone sus manos sobre el vientre de mi madre y se queda así durante una gran parte de la cena, masajeando, apretando y aflojando, practicando un extraño masaje que a mi madre le incomoda un poco aunque apenas se atreve a manifestarlo. Al final, Peckinpah dicta sentencia y asegura que el bebé nacerá esa noche. Cuando, unas horas después, mi madre despierta a mi padre para decirle que está rompiendo aguas, él piensa que siguen bajo el influjo de Peckinpah, pero lo cierto es que acabé naciendo poco después, apenas llegaron al hospital. Allí mismo, desde una cabina, mi padre llamó al hotel donde habían depositado a Peckinpah la noche anterior y pidió hablar con la habitación del cineasta. Al darle la noticia, mi padre recuerda escuchar un estruendo al otro lado de la línea y temer que Sam hubiera cogido otra de sus cogorzas habituales, pero Peckinpah había soltado el teléfono para ponerse a bailar alguna danza chamánica mientras profería extraños cánticos que celebraban la buena nueva. Embrujo cumplido. Ley de vida también: al fin y al cabo, me tocaba salir... Pero esa imposición de manos de Sam Peckinpah debió de darme el empujón que me estaba faltando para venir al mundo, o así me gusta pensarlo. Y ante la duda, y dadas las circunstancias, imprimo la leyenda. No me había animado a ponerlo por escrito antes, aunque me atrevo a contarlo a veces, no sin cierto pudor, pero también con algo de coquetería y orgullo, pues puedo presumir de estar bendecido por Sam Peckinpah, mi matrono, mi partero, mi comadrón.

Lleva más de cuarenta años muerto, pero este 2025 su figura ha resucitado en todo tipo de homenajes, proyecciones y semblanzas de su vida y obra con motivo del centenario de su nacimiento. Escribo para sumarme a esa celebración, pero sin pretender decir nada especialmente novedoso sobre su filmografía. Creo que se ha escrito mucho y bien sobre el cine de Peckinpah, diría incluso que hasta darlo por amortizado, que es casi como matarlo de nuevo. En realidad hay algo en él y su obra que siempre estuvo entre la vida y la muerte, ajeno a las modas o códigos de su tiempo. O, como escribió tan bellamente su amigo Gonzalo Suárez: "Con la leña del pasado, mantenía la hoguera del presente, donde quemaba el futuro." Su reputación de alcohólico impenitente, los arrebatos coléricos y las peleas con unos y otros, especialmente con ciertos productores, tampoco ayudaban. Todo ese cóctel precipitó su caída en desgracia y una muerte prematura, metafórica y literalmente.

Pienso en Peckinpah después de ver *Mr. Scorsese* (HBO, 2025), la serie documental que ha dirigido Rebeca Miller sobre el director neoyorquino. Scorsese también ha sido rechazado por sus colegas de profesión en varios momentos de su carrera. Igual que Peckinpah, no tardó en demostrar un talento cinematográfico innato, pero ser un *outsider* con arranques de violencia y megalomanía, enganchado a la cocaína y otras drogas, le ha dejado fuera de combate en más de una ocasión. El propio Scorsese confiesa que ha estado a punto de morir, física y profesionalmente, más de una vez. Y quizá lo más emocionante del documental es comprobar cómo acaba por ser redimido y asimilado a pesar de sus pecados, siendo hoy un icono vivo del cine. Pero cuando a Scorsese le atribuyen una revolución del montaje por el uso de ralentís, cambios de ritmo, cortes bruscos y planificación desbordante... me resulta un poco injusto que no mencionen a Peckinpah como un precedente ineludible. También pienso que lo que dice Spike Lee sobre Scorsese y se reitera en varios momentos de la serie, a saber, que Scorsese no es Tarantino, se puede aplicar a Peckinpah. Desde luego no tiene un acercamiento a la violencia ni posmoderno ni superficial; en Peckinpah, como en Scorsese, la violencia es una certeza del mundo, algo íntimamente asimilado y encarnado que necesita ser exorcizado, sin perder nunca la honestidad, aun con la moral suspendida, con todas las contradicciones que arrastra. Quizá lo que le faltó a Peckinpah es un Leonardo DiCaprio en su vida. Alguien que viniera a rescatarlo del olvido y se pusiera a su servicio, garantizándole un colchón comercial. Cuando muere Peckinpah en 1984 no ha llegado a cumplir los sesenta, la edad que tenía Scorsese cuando resucita gracias a *Gangs of New York*. Y me pregunto qué habría sido de Peckinpah si le hubieran dado veinte años más de carrera fulgurante e inesperada. No es fácil imaginarlo si no es prolongando su agonía, cabalgando los años ochenta y noventa en un paisaje cambiante, con la llegada de los *blockbusters*, el nuevo (y algo falso) cine independiente norteamericano, lo de Sundance y Miramax, hasta llegar por lo menos al inicio de este siglo XXI... Peckinpah apenas alcanzó a oler algo de todo aquello. Y yo sigo olfateando y rastreando esos años finales entre sus dos últimas películas.

En 1978, recién abandonado el montaje de *Convoy*, decide alejarse de Hollywood y poner rumbo a México, donde intentó montar una

productora junto a su amigo el cineasta Emilio Fernández, pero la idea no fraguó. Acabó volviendo a Estados Unidos para instalarse en una cabaña. Allí sufrió un ataque al corazón que le obligó a dejar el alcohol y dedicarse a la pesca durante una temporada. Pero el cine siempre le reclamaba, porque Peckinpah consideraba que no era sino en los rodajes donde su vida cobraba verdadero sentido; por eso *Convoy* le había dejado herido en su más profundo orgullo. "No he tenido ni un buen día de trabajo en toda la película", llegó a decir, según recoge Garner Simmons en *Sam Peckinpah: vida salvaje* (T&B Editores). Entonces le ofrecieron un guion llamado *The Texans*, escrito por un John Milius que venía de firmar *El viento y el león*, *El gran miércoles* y *Apocalipsis now*, y en el que Peckinpah estuvo trabajando con pasión renovada durante el verano de 1980. No sería capaz de cerrar un acuerdo con el productor, pero consiguió otro proyecto, basado en la novela de Elmore Leonard *City Primeval,* del que llegó a fecharse un inicio de rodaje para finales de agosto de 1981. Una huelga del sindicato de guionistas lo aplazó y, tras la venta de la United Artists a la MGM, quedó definitivamente enterrado, a finales de ese mismo año. Es el momento en el que Peckinpah pasa por España en busca de financiación para otro proyecto que dejaría inconcluso, *Castaway*. El mito Peckinpah seguía vigente en Europa y él trataba de seguir haciendo cine allí donde le ofrecieran la posibilidad, se resistía a su propio declive como gato panza arriba, aunque el alcohol volvía a dominar su vida y acabó dirigiendo la que sería su última película, *Clave: Omega*, con una mascarilla de oxígeno colgada de la mandíbula. No es desde luego su mejor testamento, para eso tenemos *La balada de Cable Hogue* o *Grupo salvaje*, pero, como insinúa Garner Simmons, tenía algo profético sobre el mundo moderno que estaba por venir, en un juego de pantallas múltiples donde ya no se entiende quién vigila a quién, los políticos solo piensan en urdir su propia supervivencia y la corrupción se da por descontada.

Peckinpah ya resultaba visionario hablando de su país y del futuro del cine en una entrevista de 1972: "Todo es publicidad y lavado de cerebro. Pura mierda. Un continuo de productos y personas sin distinción entre unos y otros. Estamos de nuevo en la Era de la Oscuridad. Mirá por quién vota la gente: Nixon, Wallace, gorilas asesinos recién salidos de las cavernas, todos bien vestidos, que hablan y se mueven con la muerte en los ojos. ¿Y cuál es la alternativa a esta gente? [...] Ahora estamos orientados hacia la televisión. Con la televisión y la videocasetera nadie tendrá ganas de levantar el culo ni para ir a la esquina a ver una película. Es horrible. Una de las grandes ventajas de ir al cine o al teatro es la actividad, salir de casa, comprar las entradas, participar de una experiencia junto a muchas otras personas."

La Filmoteca Española le dedicó una retrospectiva en septiembre que me pilló con el pie cambiado y, cuando me quise dar cuenta, ya habían pasado sus catorce largometrajes. Me gustó saber que todas las sesiones estuvieron llenas. Habría nostálgicos de sus películas, pero también nuevos espectadores que habrán descubierto por primera vez el cine lírico y vehemente de Peckinpah. Yo sigo teniendo un recuerdo muy vívido de algunas de sus películas, especialmente de *La balada de Cable Hogue*, *Grupo salvaje*, *Duelo en la alta sierra*, *La huída*, *Pat Garret y Billy the Kid*... Las que descubrí aún siendo niño, pensando que las había hecho una especie de padrino o tío lejano según la historia que me contaban y acabo de relatar. Desde luego no eran películas especialmente recomendadas para la infancia, pero uno se podía instalar en ellas, aunque fuera con algo de inconsciencia y no las comprendiera del todo. En esa última frontera del wéstern, del cine de la amistad y el corazón arrebatado, Peckinpah filmó algunos de los momentos más bellos y puramente cinematográficos que yo pueda recordar.

Cuando llamo a mi padre y le comento que estoy tratando de escribir este texto, me recuerda lo más esencial: que, a pesar de todos sus pesares, Peckinpah siempre fue un vitalista. Incluso en sus años difíciles, siguió tratando de hacer cine y abrazar la vida. Por eso quiero seguir escuchando sus gritos chamánicos, celebrando que estoy vivo, y escribo para darle las gracias por aquel empujoncito. ~

JONÁS TRUEBA es cineasta. Este año ha publicado *El viento sopla donde quiere* (Athenaica). Su película más reciente es *Volveréis* (2024).

CORRESPONSAL EN EL FUTURO

Elegir la siguiente bifurcación

por **Mariano Gistaín**

Lo que te atrapa es creerte que estás donde aparentemente estás.

Perseveras en esta bifurcación tuya por comodidad, por costumbre. Podrías estar en otra mejor, o peor. Lo que no puedes, según la ecuación de Schrödinger, es saltar de una a otra.

Pero nada te impide cuestionar la bifurcación actual y elegir la siguiente, que se produce en nanosegundos.

Elegir cada nanosegundo sería fatigoso, además no daría tiempo. Pero esas velocidades se aplican a las partículas del átomo hacia abajo.

Pero el tiempo de bifurcación a escalas macro, en el rango en que se mueve la humanidad, podría ser mayor, y daría margen, tiempo, a

decidir o elegir un universo mejor, con tales características, etc.

La teoría de los universos múltiples o de los muchos universos la admiten muchos científicos.

Un asunto que hay que considerar es que en cada bifurcación se bifurca el mundo completo. Es más fácil pensar en esto desde la persona individual, pero es imposible aislarla del conjunto, así que esta vía individual es simple pereza, o sea, ego.

Tampoco sabemos si todos nos bifurcamos a la vez o si hay desfases, que parece lo más probable, o lo más deseable para mantener el espejismo de cierta libertad individual, lo que es un dogma de la época, aunque ya se ha descartado el libre albedrío.

Este descarte del libre albedrío puede ser un motivo para renunciar al proyecto esbozado arriba de elegir al menos ciertas características de la próxima, siempre inminente, bifurcación. De momento es más útil, como en tantas otras cosas, seguir confiando en la libertad. (Se podría argumentar que elegir en el siguiente ramal un mundo con mayor libertad –entre otras cosas, para elegir el próximo– es una forma de presionar en la dirección adecuada. Quizá la teoría de los muchos mundos, a escala humana, permita ciertas licencias que la atómica no deje: igual que hemos ampliado el margen de tiempo para poder elegir, podemos ampliar el margen de libertad o libre albedrío.)

¿Qué copia quieres ser de ti misma/o?

En estas hipótesis el poder de la voluntad o el pensamiento podría tener más capacidad de modificar o decidir la situación siguiente que en la vida ordinaria. Claro que habría que entrenarse, practicar. Y habría que tener en cuenta no solo a uno mismo/a, sino también, como hemos visto, el mundo completo. Nadie se bifurca solo.

Y si lo hiciera, que tampoco se puede descartar a la ligera, el individuo sería una especie de zombi en el vacío, o en un mundo incompleto en el que se sentiría ajeno (quien no se haya sentido alguna vez así que tire el primer átomo). En ese caso lo normal sería regresar a un mundo completo, común, en la siguiente bifurcación. Este fallo podría explicar, y tal vez remediar, algunas enfermedades mentales, por ejemplo la incapacidad para pasar –o regresar– a un mundo normal, conocido, familiar, en la siguiente ramificación.

Prestar atención aunque sea ocasionalmente a estas realidades, que ya admiten y en parte manejan una buena parte de los físicos, nos permitiría, al menos, entender mejor la mera vida y, en parte, relativizarla o trascenderla. La concepción mostrenca de masas de materia amorfa sometidas a las circunstancias meramente newtonianas limita las aspiraciones y constriñe la imaginación. Además, es evidente que nadie se acaba de creer ese concepto estándar, puesto que a menudo sucumbimos a ensoñaciones y prácticas tradicionales que siguen manteniendo vigencia: animismo, supersticiones y todo lo que se suele englobar, con cierto desdén, en la expresión "pensamiento mágico".

Sin esos mundos fantásticos o fabulosos no aguantaríamos otra glaciación u otra declaración de hacienda; la vida roma, plana, es insufrible. Quien no aplique significados simbólicos, míticos o mágicos a los números que tire el primer ábaco.

Aunque solo fuera para hablar con los niños –los que queden– necesitamos esponjar la materia. Tenemos la ventaja de que la ciencia, la misma que habilita el móvil, el láser, el GPS, la resonancia magnética y el mundo en general, avala estas aventuras mentales, si es que se quieren mantener en ámbitos restringidos o lúdicos, es decir, sin pretender objetivos más ambiciosos como, por ejemplo, el que encabeza este texto: elegir la siguiente bifurcación.

¿Se puede elegir el mundo siguiente?

Como hemos visto, habría que definirlo completo. Lo que en principio parece excesivo (quizá mucho gasto, mucha entropía) podría ser una ventaja, puesto que puede ser más económico decidir sobre el contexto que perderse en cambiar lo individual, que –dado el ego– exige más gasto y más dedicación.

El ego debe de tener alguna función en las bifurcaciones, tal vez mantener la identidad, algo así como las leyes de la conservación de la energía. En ese caso sería útil para el experimento que se propone –elegir o diseñar el mundo siguiente– dejarlo aparte, al menos en un par de ciclos. Quizá sería suficiente para aligerar esa mismidad que a veces resulta un poco cargante, y que puede venir de considerar el mundo como bloques de materia compacta, impenetrable, que no podemos modificar.

Ese concepto de siglos –el mundo antiguo lo veía de otra manera– ya no se sostiene. Los muchos mundos se van abriendo paso en las conciencias. En resumen, se trata de apoyar la imaginería de la especie (ahora inconfesable) en las evidencias de la ciencia.

Al crear el mundo siguiente, conviene recordar que los demás estaremos en él. Es un esfuerzo, o un descanso, de superempatía universal.

Hemos dicho que según la ecuación de Schrödinger no se puede saltar de una bifurcación a otra, no interactúan. Pero esto habría que verlo: a lo mejor al diseñar el mundo siguiente se puede desactivar esa regla, al menos en fin de semana.

[NOTA: se recomienda leer la vida del físico Hugh Everett (1930-1982), creador de la teoría de los universos múltiples (https://www.scientificamerican.com/article/hugh-everett-biography) y el documental que le dedicó su hijo, el músico Mark Oliver Everett: *Parallel worlds, parallel lives* (https://www.youtube.com/watch?v=0LroZS97VjA).] ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).